

HEMOS ENCONTRADO AL MESÍAS

Me he dado cuenta de que en este tiempo de Navidad, hay toda una serie de personajes que pueden afirmar, como los discípulos del Evangelio de hoy: «Hemos encontrado al Mesías», lo hemos visto, hemos tenido relación con él.

Los primeros, claro está, son sus propios padres. Ellos podrían decirnos: Nos hemos encontrado con un mesías pequeñito, todo debilidad, todo ternura, que nos necesita para todo. Que se deja abrazar, besar. Que también llora y tiene frío. Y que ha tenido la ocurrencia de nacer «fuera de casa», casi en cualquier sitio... (Y tantas otras cosas más que podrían decirnos).

También están los pastores. Ellos nos dirían: Lo encontramos envuelto en pañales y recostado en un pesebre. Bien sabemos nosotros de pesebres: el lugar donde se alimentan nuestros animales. Como si quisiera explicarnos que este niño nacido en La casa del Pan (=Belén) estuviera dispuesto -cuando crezca, claro- a darnos a todos de comer. Ahora era él quien necesitaba algunos alimentos, y por eso le hemos llevado lo único que teníamos: nuestra leche, requesón, miel y un poco de lana para abrigarle.

Siguieron los Magos. Tardaron más en encontrarle que los pastores. Ellos saben que este Mesías es como una estrella que guía el camino. Y en aquel Niño reconocieron al Hombre, al Rey y al Dios. Aunque los evangelistas tendrían que completar de qué hablamos cuando decimos «hombre, rey y Dios». Porque este Mesías nos dio una visión nueva de cada uno de esos atributos.

También la «Tercera Edad», representada en Ana y Simeón, se encontró con el Mesías. De forma profética reconocerán en aquel Niño a un Salvador que lo será de todos los pueblos. Resaltan en él tres rasgos: Luz, bandera discutida y espada que atravesará el alma de su Madre. Podríamos recordar también a Isabel y Zacarías...

Por fin, aunque ya convertido en adulto, empieza el encuentro con los discípulos. Andrés es el primero de ellos (curioso que al que le acompañaba no le asignan el nombre), el hermano de Simón Pedro, al que seguirán Felipe, Natanael y todos los demás. Ellos fueron los que más prolongadamente se encontraron con el Mesías; le conocieron bien... y le dieron a conocer.

También Saulo testimonió su encuentro con el Mesías, aunque de manera bien diferente a los anteriores... y también él nos contó a las siguientes generaciones cómo era el Mesías que le había transformado tan rotundamente.

Y después de todo esto que venimos diciendo, no queda otro remedio que plantearse: Acabamos de celebrar el comienzo de la presencia continua del Emmanuel, el Dios con nosotros, el que nos acompaña todos los días hasta el fin del mundo. ¿Y qué puedo yo decir de él? ¿dónde lo he encontrado? ¿qué ha cambiado en mí por este encuentro? ¡Ah no vale decir aquello de «yo me lo encontré» (en pasado)! Puede que alguna vez tuviera un encuentro más significativo y profundo que me marcara, y está bien recordarlo. Pero la pregunta que me planteo a mí mismo, para ir respondiendo ya mismo es: ¿dónde y cómo me lo encuentro hoy, esta Navidad, en este momento de mi vida? Y me atrevo a pedirte que también tú te la hagas: delante de la cuna, de la cruz, o... (no voy a dar pistas). A ver qué podemos decir a otros de primera mano, como el bueno de Andrés: Ven, que te voy a enseñar dónde está el Maestro.